

de haber oído el breve discurso que le dirigió el presidente de ella al entregarle el acta, contestó: «Señores, me complazco con el paso que habeis dado cerca de mí, en nombre de la poblacion de Méjico. Esta sabe las intenciones con que hemos venido, por lo que no abusaré en repetiroslo ahora. Dentro de pocos dias estaré en la capital, y en ella haré un último llamamiento á las personas honradas de todos los partidos, para que me ayuden á dar á su país la paz. Decidlas entre tanto, que no quiero oposicion de partido de ningun género, quiero la conciliacion: y las manifestaciones que se puedan hacer en Méjico á mi entrada, me serán tanto mas agradables, cuanto sean mas conformes con este espíritu. Decid á vuestros comitentes, que no debe haber ya hombres de partido en Méjico, sino únicamente buenos patriotas, y que los mejicanos no deben considerarnos como extranjeros, sino como á hermanos, que vienen á ayudarles á dar la tranquilidad y un buen gobierno á un país desolado por la guerra civil. Recibid, señores, la expresion de mi afecto.»

Esta contestacion de Forey, lo mismo que todos los documentos publicados por él, manifestando que el ardiente anhelo de la Francia no era otro que ver establecido en Méjico un gobierno emanado verdaderamente de la libre voluntad de los pueblos, y no de los jefes de pronunciamientos que se habian sucedido unos á otros en el poder, sin conseguir darles ni un momento de paz ni de tranquilidad, llenaban de consoladora esperanza á la sociedad, ansiosa de un orden de cosas estable y feliz.

Con el abandono de la capital por Don Benito Juarez, todo volvió á tomar en ella el aspecto y el orden que tenia

antes de las leyes de reforma: los sacerdotes se presentaron, desde el instante mismo, vestidos con sus trajes eclesiásticos que la administracion liberal les habia prohibido llevar, las monjas volvieron á sus conventos desde el segundo dia 2 de Junio, cuyas celdas habian sido aseadas y dispuestas desde el dia anterior por familias de buena posicion social que quisieron darlas esta muestra de aprecio, y las iglesias cerradas, volvieron á abrirse al culto católico, con extraordinarias muestras de regocijo de parte del vecindario. El sentimiento religioso parecia haberse aumentado con las disposiciones de la administracion de D. Benito Juarez contra algunos de los actos de la iglesia, y al salir en la noche del 4 de Junio el Sagrado Viático públicamente, pues tambien se habia prohibido que lo hiciese de esa manera, la gente se le iba uniendo á su tránsito, saliendo de las casas con velas de cera para acompañarle; las mulas que llevaban el coche, fueron desuncidas por los que aun querian dar pruebas mas patentes de su religiosidad, y el carruaje fué arrastrado por hombres de clase bien educada, siendo poco despues inmenso el número de señoras y de caballeros, así como de todas las clases de la sociedad, que, con vela en mano, acompañaban al Divinísimo.

Desde que brilló la primera luz de ese mismo dia 4, se enarboló en palacio, en las casas consistoriales, en la aduana y en todos los edificios públicos, el pabellon nacional mejicano por ser la fiesta del Corpus, celebrada siempre con notable solemnidad, hasta que fueron extinguidas las procesiones por las calles por el gobierno de la reforma. Un inmenso gentío

1863.

Junio.

llenaba la catedral y los demás espaciosos templos de la capital. La fiesta se celebró en todas ellas con grandiosa solemnidad, verificándose la procesion en el interior de los expresados templos, aplazando para la octava, hacerla con el mayor esplendor posible por las calles, como habia sido costumbre y lo anhelaba la poblacion.

En Puebla, el general Forey fué invitado, por el vecindario, para la fiesta del Corpus; y admitida la invitacion, asistió á ella manifestando la mas grata satisfaccion. La catedral estaba adornada con magnificencia, ostentando ricas colgaduras, vistosos gallardetes y millares de velas de cera encendidas, engalanadas con varitas delgadas con banderitas de oro volador que producian un efecto admirable. El general Forey ocupó el lugar que le destinaron, bajo dosel, teniendo á su derecha al general D. Juan Nepomuceno Almonte y á su izquierda al ministro de Francia Saligny, cada uno con sus respectivos estados mayores. La misa la celebró el obispo Ramirez, y la concurrencia, que era en extremo numerosa, la componia lo mas selecto de la sociedad de Puebla. La procesion la formaron los vecinos de ambos sexos, el clero secular y regular, y los expresados generales Forey, Almonte y ministro Saligny, formando hileras de uno y otro lado por donde pasaba, el 99, 81 y 61 de linea, dos batallones de zuavos, el de egipcios y la guardia imperial, compuesta de hombres escogidos. Durante todo el tiempo que duró la fiesta religiosa, el fuerte de Loreto estuvo haciendo salvas de artillería.

Todo esto que acaso hoy parecerá nimio á muchos de los lectores para ser consignado en las páginas de la historia, tenia entonces una importancia notable y de grande

trascendencia que, por lo mismo, he juzgado necesario dar á conocer. Una de las causas que mas influyó en la lucha que habian sostenido desde la promulgacion de las leyes de reforma los partidos liberal y conservador, fué la relativa á las creencias religiosas. Las innovaciones introducidas respecto al culto católico por el gobierno, habian conmovido á la sociedad, que en su inmensa mayoría, profesaba el catolicismo, y todo lo que era volverle á este su pasado esplendor, contribuia á despertar en la sociedad el agradecimiento hácia los que se mostraban favorecedores de sus creencias. Forey, por lo mismo, con haber asistido á esa fiesta religiosa que el mundo cristiano mira como una de las mas grandiosas, logró ganar hácia la intervencion más adictos, que los que pudiera haber logrado con numerosas proclamas y protestas de afecto hácia Méjico. Su respeto á las creencias del país, persuadieron que de igual manera respetaria su independencia, como lo habia manifestado ya en todos sus documentos, y la confianza aumentó el número de adictos hácia la nueva causa que llegaba ofreciendo garantías y paz. Así se vió que cuando aun no habian transcurrido en la capital de Méjico dos dias de haber sido abandonada por el gobierno de Juarez, y cuando todavía se hallaban casi á las puertas de la ciudad algunas fuerzas de su ejército, habian firmado ya el acta en favor de la intervencion, quince mil individuos de la buena sociedad, continuando aumentándose el número diariamente, excediendo la cifra de los firmantes el dia 6, en solo la capital, á la que ascendió antes, la de los que protestaron en todo el país contra ella. (1)

(1) El lector puede ver los nombres de los que firmaron en la capital en

Iguales actas de adhesion levantaron los vecinos del pueblo de Ixtacalco y otros próximos á la capital, aun antes de que se aproximase el ejército intervencionista.

Libres de toda traba los periodistas conservadores de la capital para emitir sus ideas desde que el gobierno liberal salió de ella, apareció el dia 2 de Junio el periódico intitulado *El Rayo*, que hasta entonces se habia publicado clandestinamente. Al *Rayo* siguieron *El Cronista*, *La Sociedad*, *La Monarquía*, *La Justicia*, *El látigo* y otros varios, censurando todos ellos acremente los actos de la administracion progresista, y pintando al gobierno de Don Benito Juarez con los colores mas resaltantes que pudiera emplear la pasion de partido, exajerada siempre y ofensiva. Si fuertes habian sido los ataques de la prensa liberal hácia los intervencionistas y duros los epítetos que les habian prodigado, no eran menos acres los que la prensa conservadora dirigia ahora al partido progresista. El encono en una y otra se destacaba, desgraciadamente, de una manera acentuada, á excepcion de muy contados periodistas que, respetando las opiniones de sus contrarios, discutian sin traspasar los límites de la razonada discusion. Si se hubiese de guiar el historiador por las mútuas acusaciones que en general se dirigian, en vez de una historia, escribiria un libro en que el lector, en vez de ver la exacta copia de los hombres que en uno y otro bando han figurado, no veria mas que retratos infieles, trazado, por el pincel de las pasiones políticas. No veria copias de

favor de la intervencion en el periódico intitulado *El Cronista*, que se publicaba en Méjico en aquella época.

exacto claro-oscuro que pudieran darle á conocer el original ni aun de los individuos que así en el partido liberal como en el conservador, honran la patria en que nacieron, haciéndole admirar en ellas los brillantes toques que hiciesen resaltar sus bellas cualidades al lado de sus leves defectos de que nunca está exenta la humanidad, sino que veria cuadros de completas sombras, velando los rasgos mas laudables de los individuos presentados en el fondo del lienzo, preparado por los odios de partido.

1863.

Junio.

En la mañana del 4 de Junio llegaron á San Lázaro, que es el nombre de la puerta de la ciudad de Méjico que da entrada á los que se dirigen de Veracruz, las primeras fuerzas francesas. Era un batallon de cazadores de Vincennes. Habiendo hecho alto fuera de la expresada puerta, pero muy cerca de ella, levantó inmediatamente sus tiendas de campaña y acampó en aquel punto, que es el mas árido que se encuentra fuera de la ciudad. Desde el momento que los habitantes de la capital supieron su llegada, se dirigieron á ver á los nuevos soldados, y el campamento se convirtió en un animado paseo. El dia 5 llegaron nuevas fuerzas francesas al mismo campamento, cada vez mas visitado por los habitantes de la ciudad, y en la mañana del domingo, 7 de Junio, efectuó su entrada en la capital la division del general Bazaine, á la cual pertenecian los cazadores de Vincennes.

En el mismo dia llegó á la villa de Guadalupe, distante una legua de Méjico, la division mejicana al mando del general Don Leonardo Márquez, que ascendia á cosa de doce mil hombres de tropas bien disciplinadas. Un nú-

mero considerable de personas de la capital fué á visitar al expresado general, que se mostró contento y lleno de lisonjeras esperanzas respecto del porvenir de la patria.

Dos dias antes, el 5 de Junio, salió de Puebla el general en jefe Forey, en union de D. Juan Nepomuceno Almonte, con objeto de hacer su entrada en la capital el dia 10, al frente de todo el ejército franco-mejicano. En la orden que expidió á sus tropas el dia 8 en la hacienda de Buenavista, les decia, entre otras cosas, estas palabras: «Nuestras águilas victoriosas van á entrar en la capital del antiguo imperio de Moctezuma y Guatimotzin; pero en vez de destruir, como Hernan Cortés, vais á edificar; en lugar de reducir á un pueblo á la esclavitud, vais á libertarle. No venís del mundo antiguo atraídos por el cebo del oro para subyugar á este pueblo inofensivo.»

Es sensible que el general Forey, queriendo enaltecer la empresa encomendada al ejército francés en Méjico, desfigurase la historia, presentando á Hernan Cortés complaciéndose en la destruccion de la antigua capital azteca, reduciendo á la esclavitud á los pueblos y sin que reconociese mas objeto su empresa que el de adquirir oro. Es sensible, repito, que un general francés que debia conocer profundamente la historia de todas las empresas militares que han figurado en primera línea llamando la atencion del mundo, consignase en una proclama, como hechos positivos, las inexactas relaciones de escritores vulgares, ligeros y apasionados, cuyas obras no tienen peso ninguno ya en los hombres de criterio y de recto juicio.

De manera muy distinta obró aquel hombre extraordinario, como le califica el concienzudo historiador Pres-

cott, que le admira como guerrero, como político y como gobernante. El general Forey, al expresarse del modo que lo hizo en su proclama, no revelaba tener muy profundo conocimiento del estado que guardaba el país á que habia sido enviado, en la época en que fué descubierto por los españoles. Las diversas naciones que habitaban el país de Anáhuac, se hallaban conquistadas por Moctezuma cuando Hernan Cortés desembarcó en aquellas mortíferas playas: los pueblos conquistados por los emperadores aztecas, y los que como los tlaxcaltecas se veian amenazados de serlo, se unieron á él para romper el yugo á que estaban sugetos, declarándose espontáneamente súbditos del rey de España, y juntos marcharon sobre la capital azteca que, si quedó destruida, no fué porque así lo anhelase el caudillo español, sino porque no hubo otro medio para vencer la heroica constancia de los sitiados. Todo cuanto estaba de su parte hizo Hernan Cortés porque los defensores de la ciudad entrasen en un arreglo para que los edificios no sufrieran; pero si nada consiguió y los acontecimientos de la lucha produjeron la destruccion de las casas, pronto levantó, en el mismo sitio, una nueva ciudad, que es hoy una de las mas hermosas del Nuevo-Mundo. Forey, con el ejército á quien dirigia la proclama, iba á entrar precisamente, no en la capital del antiguo imperio de Moctezuma y Guatimotzin, destruida, como él decia, por Hernan Cortés, sino en la majestuosa trazada y edificada por éste, donde el general francés nada tenia que construir, puesto que todo lo hallaba construido. Tambien el jefe de la expedicion francesa acababa de destruir parte de la ciudad

de Puebla y hubiera destruido igualmente la de Méjico, si se le hubiese opuesto resistencia; y, sin embargo, lejos de calificar á su ejército de destructor, como calificaba á Hernan Cortés, le ensalzaba, asegurando que iba á edificar.

No reconoció tampoco el origen mezquino de atesorar oro el envío de la expedición al mando de Hernan Cortés á las playas mejicanas. Pensamiento mas noble y elevado tuvo aquella empresa. No hay mas que leer las instrucciones dadas á Hernan Cortés por el gobernador de la isla de Cuba Don Diego Velazquez, para destruir el error en que incurrió el general Forey en ese punto de su proclama. En ellas se hacia saber á Hernan Cortés, que el motivo principal de la empresa que se le encomendaba, era, como lo anhelaba el monarca, que fuese «Dios nuestro Señor servido y alabado á nuestra santa fé católica y ampliada;» que no se hiciese por la gente que con él iba, «enojo alguno, ni tomase cosa contra la voluntad á los vecinos y moradores é indios;» que tuviese mucho aviso «é cuidado de que á todos los indios de aquellas partes que á él fuesen á hablarle, fuesen de él é de todos muy bien tratados é recibidos, mostrándoles mucha amistad é amor, é no consintiese, so grandes penas que para ello porneis, que les sea fecho agravio ni desaguizado alguno;» que hiciese un exacto reconocimiento de la costa, sondeando sus bahías y entradas, para beneficio de los futuros navegantes, y que trabajase con mucha diligencia y solicitud de los productos de las provincias que visitase, «de los árboles, frutas, yerbas, aves, especería é otras cualesquiera cosas,» así como «de la manera y calidad de la gente.»

Estas, entre otras, eran las instrucciones dadas á Hernan Cortés, y ya se ve que el objeto no era exclusivamente, como pretende Forey en su proclama, adquirir oro, sino que tenia mas elevado motivo, el del interés de la ciencia y de la humanidad. Que Hernan Cortés creó en vez de destruir, y que dió á los países que unió á la corona de España, bienes de inapreciable precio que hasta entonces no habian conocido, cubriendo sus feraces campiñas de frutos agrícolas desconocidos, de animales útiles de que habian carecido en absoluto, se ve en sus sabias ordenanzas que han alcanzado el elogio de todos los hombres de recto juicio.

El general Forey debió no olvidar al mismo tiempo, que el núcleo de los habitantes del país á que se le habia enviado, eran descendientes de la raza española, y de esta y de la india; y que, por lo mismo, á lo injusto de la acusacion hecha contra los primeros españoles que pisaron el Anáhuac poniendo fin al número de víctimas humanas que se sacrificaban anualmente á los falsos dioses que tenian los indios, se unia en su proclama el rasgo, poco político, de censurar ante los actuales mejicanos de raza blanca y mixta, los supuestos actos de sus antepasados. Los mejicanos de recto juicio y de saber, juzgaban de una manera muy distinta del general Forey, con respecto á la empresa llevada á cabo por Hernan Cortés unido á las diversas naciones de Anáhuac que se aliaron á él para derrocar á la nacion azteca que les habia conquistado. «El pueblo y el gobierno español,» dice un escritor mejicano, *lejos de destruir como el inglés y los demás no católicos en sus respectivos casos, al pueblo conquistado, le llenaron de pri-*